

- No es posible huir de uno mismo. Si lo hubiera sabido antes, cuántas cosas serían diferentes. Pero ahora, ya es demasiado tarde.- pensaba Jaime metido en la bañera, mientras su mente poco a poco se iba sumergiendo en un profundo sueño.

¿Cómo comenzó todo? ¿Qué le había conducido a aquel estado de desesperación?

Desde pequeño, siempre había querido ser médico, viajar a países sudamericanos para poder ayudar de forma desinteresada a aquellos más necesitados. Sus padres, orgullosos de tener un hijo de tan buen corazón, nunca le prohibieron hacer nada y le daban todo aquello que necesitaba. Era hijo único y quizás, de vez en cuando, le consentían demasiado, pero a cambio recibían la mayor de las sonrisas en agradecimiento. Su madre se desvivía por él, hasta tal punto de ponerse celoso más de una vez su padre.

Había crecido en un hogar feliz, y, quizás, pensaba, ese era el motivo de que se hubiese vuelto tan confiado. De carácter abierto, no le costaba nada hacer amigos. Nunca receloso, resultaba muchas veces en extremo ingenuo. No bebía, ni fumaba, y tampoco andaba con mujeres. Así era Jaime, así era hasta que conoció a Juan.

Después de finalizar los estudios básicos con matrícula de honor, Jaime, ingresó en la facultad de medicina con intención de llevar a cabo su sueño de ayudar a toda aquella gente que lo necesitase. El primer día de clase le impresionó bastante, nunca antes se había encontrado en un aula tan grande y con tantos alumnos juntos. Como era abierto de carácter no tuvo ningún problema en hacer amistad con la gente, si bien había un compañero que se la negaba. Todos los días, a segunda hora, llegaba un muchacho de unos 22 años de edad, y se sentaba en la última fila de la clase. Nadie nunca le vio abrir la boca ni siquiera para decir hola, y solía rehuir el trato con sus compañeros.

Desde el primer momento en que lo vio, Jaime se sintió atraído por él. Tenía algo en su expresión que le cautivaba. El estar siempre solo, el no hablar con nadie, su mirada siempre perdida en un horizonte como si en lugar de encontrarse en el aula se encontrase en mundos para él desconocidos, generaban en el joven estudiante un interés nunca antes experimentado. Por fin, un día se decidió a conocerle.

Durante varios días estuvo observando los hábitos de su compañero para averiguar cuál podría ser el mejor momento para abordarle. Todas las mañanas llegaba a segunda hora, se sentaba en la última fila y en lugar de atender a clase se dedicaba a mirar por la ventana con la mirada perdida en el horizonte. Estaba así durante las dos horas de clase siguientes, transcurridas las cuales, se levantaba y se iba al bar de la facultad a desayunar. Siempre lo mismo: un croissant con un café con leche. Después, volvía y

entraba en mitad de la clase, sentándose a seguir mirando por la ventana. Antes de finalizar la última clase, salía para evitar tener que ir andando al lado de sus compañeros.

La verdad, es que en opinión de Jaime, resultaba bastante antisociable. Optó por abordarle a la hora del desayuno. Suponía que estando sentado con el croissant en la boca no saldría corriendo, como mucho le ignoraría. Pero para evitarlo, usaría su encanto arrebatador, porque Jaime cuando quería resultaba totalmente encantador.

La misma mañana que tomó la decisión de abordarle, después de ver cómo su compañero se dirigía a desayunar, le siguió. Esperó a que estuviera sentado y comenzará el croissant y se acercó.

- Hola – le dijo.

El joven insociable le miró con cara de pocos amigos y continuó como si nadie le hubiese dirigido la palabra.

- Me parece que vamos a la misma clase. ¿Puedo sentarme? – preguntó Jaime mientras se sentaba – Me llamo Jaime.

El joven siguió ignorándole.

- ¿A qué curso vas? Porque he observado que no vienes a todas las clases. ¿Eres de segundo? ¿de tercero? Si no puedes venir a primera hora, te puedo dejar mis apuntes.

- ¿Qué coño quieres? – le respondió el joven cada vez con cara de menos amigos, hartó de oírle hablar – Apártate de mí sino quieres que te corrompa. Tú eres ese que va diciendo por ahí que quiere ser médico humanitario, irse a Sudamérica a ayudar, y no sé que leches más, ¿no? Vaya gilipollas que estas hecho. Para ayudar no necesitas irte tan lejos. Sal por las calles y verás que hay bastante gente aquí que necesita ayuda. Pero a esa no hay que ayudarla, es mejor ayudar a gente de otros países, porque como están tan lejos realmente nunca las vas a ayudar. ¿A qué tú eres de esos que das al domun y se quedan tan satisfechos? ¡Qué gran obra has hecho! Les das un par de euros y tu conciencia ya está lavada. ¿Por qué no invitas a cenar a uno de los muchos mendigos que hay por la calle? Seguro que entre ellos hay mucha gente que realmente lo necesita, pero queda mucho mejor decir: son parásitos, si no trabajan es porque no quieren. Pero ¿y si realmente quieren tener una vida digna pero nadie les da una oportunidad? Si te equivocas una vez, aunque quieras rectificar ¿no es posible? Pero, claro, el señorito no puede invitar a esa gente. Quitaa, quita, que a lo mejor le pegan algo. O peor ¿qué ocurriría si al contarte su historia mientras cenáis juntos descubres que realmente quiere salir, volver a tener un lugar en dónde dormir caliente, y algo que llevarse a la boca todos los días? ¿No tendrías que involucrarte e intentar ayudarlo de verdad?

Pero eso no consiste en dar un par de euros de vez en cuando sino consiste en mojarse el culo. ¿Sabes? Yo no doy nada al domun ni tampoco ayudo a los indigentes de las calles, pero creo que tú y yo no somos tan distintos. Y apártate de mí si no quieres que te corrompa.

La respuesta dejó bastante sorprendido a Jaime, no solo por el contenido, sino porque atribuía a la timidez de su compañero el que no hablase con nadie. Pero más que tímido daba la impresión de estar amargado. ¿Qué le iba a corromper? Vaya estupidez, él tenía las ideas bien claras y ninguna cosa que le dijera le separaría de sus ideales.

La cabezonería era uno de los defectos de Jaime. Se había empeñado en hacerse amigo de Juan, que así se llamaba su huraño amigo, y hasta que no lo consiguiera no pararía. Tomó por costumbre ir a desayunar todas las mañanas con él. Al principio, éste se mostraba huraño y molesto de verlo sentado en la misma mesa que él, pero poco a poco se fue observando un cambio. Jaime no paraba de hablar de cosas de medicina, de futbol, de política, de chicas, de todo lo que él pensaba que le podría interesar a su nuevo amigo. Al principio, Juan, se limitaba a estar callado desayunando, luego, hacía de vez en cuando alguna observación, hasta que al final comenzó a involucrarse en la conversación.

Juan resultó ser un conversador muy agradable en opinión de Jaime. Si bien es cierto que no hablaba demasiado, cuando lo hacía solía hacer observaciones bastante interesantes. Sin embargo, su conversación dependía mucho de su estado de ánimo cambiante. Unos días aparecía lleno de vida, hablando de la alegría de vivir, de lo bonito que es todo, pero otros, como el primer día que Jaime le dirigió la palabra, de sus labios no salían sino palabras amargas llenas de resentimiento contra todo. Y según su amistad iba creciendo, cuando le daba un ataque de amargura, Juan no hacía más que repetirle a Jaime que se alejara de él, que todo él que se le acercaba acababa corrompido.

Con bastante frecuencia, Juan se piraba las clases de por la mañana, o si aparecía lo hacía con cara soñolienta y grandes ojeras limitándose a pasar las clases recostado sobre sus brazos encima de la mesa durmiendo. A veces, incluso roncaba. Jaime estaba intrigado por saber qué hacía su amigo en esas noches de insomnio. Él siempre solía encontrarse durmiendo a eso de las once de la noche, no pudiendo imaginar qué podía ser tan importante para no dormir. Un día mientras desayunaban, le preguntó:

- Hoy tienes cara de sueño. ¿No dormiste bien anoche?

- Anoche salí. – le respondió - Un amigo daba una fiesta y volví a las ocho de la mañana a casa. Solo me ha dado tiempo de ducharme y venir a clase. No he dormido nada. Estoy muerto de sueño.

- Nunca he ido a una fiesta. ¿cómo son? ¿te lo pasas bien?

- ¿Quieres venir a una? – preguntó Juan sonriendo al comprobar lo deliciosamente ingenuo que era su amigo – Mañana damos otra fiesta. Irá mucha gente. Ven, seguro que te gusta. Conocerás a muchas chicas y lo pasaras bien. Seguro que es una experiencia nueva para ti.

- No sé. Tendría que preguntárselo a mis padres, a ver si me dejan. Supongo que al ser viernes no pondrán ninguna objeción.

- Vale, pues mañana ya hablamos de la hora y el lugar.

Como Jaime esperaba, sus padres no se opusieron a que saliera de noche. La verdad es que la idea no les agradaba mucho pero confiaban en la madurez de su hijo. Además, sus notas y su comportamiento siempre habían sido impecables no teniendo ningún motivo real para negarle nada.

Los dos amigos quedaron a las once y media de la noche debajo del reloj de la plaza mayor, lugar habitual de encuentro de los salmantinos. Ambos fueron puntuales. El piso en donde se celebraba la fiesta era un piso muy grande sito en la Gran Vía de Salamanca. Al entrar, Jaime se quedó sorprendido de ver a tanta gente junta. Nunca antes había asistido a ninguna fiesta ni nada parecido. La imagen que apareció ante sus ojos le sorprendió sobremanera. La fiesta parecía haber empezado hacía rato, había muchos grupos de personas, unos bailando, otros sentados en sillas delante de vasos que por más que vaciaban siempre estaban llenos, otros tirados por el suelo. Jaime se encontraba fascinado viendo el mundo nuevo en que estaba sumergiéndose. El aire estaba enrarecido, olía raro. Al poco de entrar se le revolvió tanto el estómago que tuvo que ir al servicio a devolver.

Juan, mientras observaba a su amigo, no dejaba de sonreír. Le hacía gracia la situación, tantas otras veces vivida por él. Ahora le tocaba a Jaime, ¿sería otra víctima suya? ¿Los buenos sentimientos de Jaime realmente eran suyos o producto de haber vivido siempre en una burbuja de cristal? Quería comprobarlo, quería corromperlo, quería mostrarle cómo todas las tonterías que decía no las creía. Y, sin embargo, Juan, sentía mucho que existiese gente como Jaime, que no hubiese más corazones firmes. En realidad, él quería creer todo lo que su reciente amigo le contaba, quería creer de verdad que había gente de buen corazón, gente en la que es posible confiar. Quería creer, quería creer, y por eso estaba amargado. Amargado consigo mismo, amargado con el mundo, amargado con la gente cada vez que la oía comentar sus buenos sentimientos y comprobar que sus actos no correspondían para nada con ellos. Si él hablara, si contará todo lo que había visto... Pero ¿para qué? ¿De qué serviría todo? Nadie quiere que le aireen sus trapos sucios, nadie quiere que le digan que sus manos obran de forma distinta que sus palabras. Vistámonos todos de etiqueta, pongámonos nuestras mejores galas y digamos que somos gentes

respetuosas. A Juan le daban asco todas estas cosas y se entretenía mostrando cómo la gente siente cosas realmente bien distintas a lo que dice sentir. Y ahora le había tocado el turno a Jaime. La verdad es que le había caído bien, no quería corromperlo, pero su joven amigo no le hacía caso cada vez que le pedía que se alejara.

- ¡Allá él! – pensaba Juan - Si quiere ver realmente lo putrefacto que está por dentro que lo vea.

Y sin embargo, con Jaime le daba algo de pena. Parecía buena persona. No debería hacerlo, pero el corromper todo lo que estaba a su alrededor se había convertido en una droga para él.

- ¿Ya te encuentras mejor? – preguntó Juan a Jaime una vez le vio salir del servicio

- Sí, no sé que me ha pasado. El aire está un poco enrarecido, ¿no?

- Un poco, pero no te preocupes, es normal. Ven, que te voy a presentar a una amiga muy simpática. Mira. Laura, Jaime. Jaime, Laura. – dijo Juan mientras presentaba a Jaime a una morena impresionante.

La verdad es que Jaime nunca había visto a una chica como aquella en la vida. El pobre joven, desconocedor de la noche, no se daba cuenta que la joven se había dejado todo un bote de crema en la cara para aparentar ser guapa. No se daba cuenta que el pelo, no era realmente suyo, sino una peluca larga morena que ocultaba un pelo muy seco de color castaño la mar de normalito. Que el escote estaba aumentado no se sabe con qué misteriosa técnica, y que las botas suministraban unos 15 centímetros de altura a su acompañante.

Jaime ignorante de todas estas cosas quedó impresionado ante la belleza de su recién amiga. La chica resultó ser de muy agradable conversación, si bien le costaba mantener su atención, pues no paraba de bailar y de beber continuamente. Jaime también bebía, nada de alcohol, sino tan solo una coca-cola bien fresquita. Bueno, lo de nada de alcohol, solo lo creía él. Juan se había encargado de servir las bebidas y se había tomado la molestia de echarle a su joven amigo un poquito de alcohol, no mucho para que no lo notará demasiado, para que se pusiera un poco más contento. Entre el alcohol y el humo de los porros el joven se sumergía poco a poco en un mundo de sueños y fantasmas totalmente desconocidos para él. Sin darse cuenta, se encontró a Laura a su espalda besándole el cuello. La experiencia era agradable y no se quejó, se dejaba hacer. Laura, cada vez con más ganas de hincarle el diente a su presa de esa noche, terminó por besarle en los labios. El joven, si bien era consciente y era contrario a establecer una relación de ese tipo, no fue capaz de separarla. Sus labios le quemaban, cuando de pronto notó cómo, la chica, le introducía algo en la boca. Él se lo tragó. Al cabo de cinco minutos había perdido el conocimiento.

Se despertó al día siguiente en su habitación con un dolor inmenso de cabeza. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué era lo que había ocurrido? No recordaba nada, solo a Laura. Estuvo todo el sábado pensando en ella, sin poder sacársela de la cabeza. Recordaba su conversación, recordaba cuándo le había empezado a besar el cuello y luego un vacío total.

- ¡Qué chica más maja! – le dijo Jaime a Juan hablando por teléfono.

- ¿Maja? – respondió Juan – Si es un putón. Es una mala chica, una chica para una noche, pero para nada más. Una chica como tantas otras. Una más del montón. Cortada por el mismo patrón que la mayoría de las chicas, al igual, que yo estoy cortado por el mismo patrón que la mayoría de los chicos.

- No, era muy guapa y muy simpática.

- Venga, hombre, no digas esas cosas de Laura. – le respondió, Juan, a la vez que soltaba una sonora carcajada – Laura, ¿maja? Quítale el kilo de maquillaje que lleva encima y ya verás cómo no opinas lo mismo. Las chicas guapas no usan maquillaje, o como mucho solo un poco para realzar sus rasgos. Y, supongo, que no debe haber apenas chicas guapas pues todas las que se ven van embadurnadas de potingue. Pero si da asco hasta tocarles la cara. Cuando me quieren dar dos besos muchas veces he tenido que ir al servicio a lavarme. ¿Simpática? Todas lo son mientras no hables de nada interesante. Todas lo son mientras digas qué guapas son. Todas lo son mientras hables siempre de lo mismo. Pero si parecen tíos: a un tío lo pones a hablar de un tema distinto del fútbol o de mujeres y no saben que decir. Bueno, sí, te dicen como loros lo que han oído en el telediario. Y ¿eso es una conversación interesante? Bah, supongo que sí. Alguien decía que solo es posible hablar de un tema cuando se desconoce, porque si lo conoces perfectamente ¿de qué hablar? ¿cómo discutir de algo que ya se sabe cómo es? ¿acaso alguien discute si el cielo es azul o no? Todo el mundo sabe que es azul, así que nadie habla del tema. Laura es una chica cortada por el mismo patrón que todas las demás. Si encontrará algún día una chica distinta, con personalidad propia, seguro que me enamoraría. Pero no hay, o por lo menos yo no la conozco.

- La juzgas mal. ¿Cuándo vas a volver a quedar con ella? No tengo su teléfono.

- El lunes organizamos otra fiesta. Pero no vengas. Laura es una mala chica, bueno, mala, no, simplemente es una chica de la noche. No vengas, es mejor para ti.

- ¿Es en el mismo sitio?

- Sí.

- Pues allí estaré.

- Como quieras – contestó Juan, si bien se podía apreciar una pequeña nota de tristeza en su voz. Como siempre, no se había equivocado, Jaime era como todos los demás, se dejaría corromper. Qué asco, para una vez que le empezaba a caer alguien bien. Pero él no podía hacer nada, solo ver con una sonrisa cómo se dirigía a su propia destrucción.

A la fiesta del lunes siguió la fiesta del miércoles y a esta la del viernes. Todas las buenas intenciones de Jaime, su correcta conducta, sus buenas maneras y todo lo demás resultó ser nada más que una fachada. No se trataban de convicciones firmes dentro de su corazón, y sus buenas intenciones resultaron no ser más que producto de su educación. Las primeras semanas las pasó junto a Laura. Al principio anhelaba estar con ella, verla, sentir sus apasionados besos, acariciarle su cintura, pero poco a poco esa pasión fue siendo sustituida por el deseo de sentir cómo la joven le introducía con cada beso una pastilla en su garganta, sentirla bajar, era fantástico. Cuantas más pastillas tomaba, más las deseaba. Buscaba nuevas experiencias, ansiaba sumergirse en mundos fantásticos de locura y perversión. Después de Laura vino Juani, después Sara, Sheila, Ana, Almudena y no se sabe cuantas más. Y con cada una de ellas una droga diferente, y con cada droga su espíritu se iba sumergiendo más y más en un mundo lleno de caos y de amargura.

Cada vez las broncas con sus padres eran más frecuentes. Al principio, si bien cada vez más preocupados viendo las continuas salidas nocturnas de su hijo, no le decían nada, pero cuando empezó a llegar ebrio a casa, incluso en estado comatoso, cuando había noches en las que no aparecía, comenzaron a replantearse si la libertad concedida realmente era buena. Su madre comenzó a insinuarle que debía centrarse más en sus estudios, que no debía salir tanto, ante lo cual él, con una mirada furiosa, le respondía que se metiera en sus asuntos, que ya sabía lo que hacía.

Viendo su incapacidad por controlarle probaron a cambiar de táctica, prohibiéndole salir entre semana. Su respuesta no se hizo esperar: durante la siguiente semana no volvió a casa. Su madre estaba desesperada, su hijo nunca antes había faltado tanto tiempo. ¿Dónde estaría? ¿Le habría ocurrido algo? El joven, por el contrario, se encontraba con unos amigos en una macrofiesta de una semana.

Juan, observaba a Jaime con sumo interés. Lo que le estaba ocurriendo lo había visto demasiado frecuentemente, nunca antes le había importado, incluso le había resultado divertido, pero ver caer a su amigo le resultaba bastante triste. Todavía creía sinceramente que tenía buen fondo, aunque cada vez lo dudaba más. Jaime había escogido, nadie le había obligado, podía haber rechazado a Laura, podía haberse ido en la primera fiesta, pero decidió quedarse. Juan se había limitado a poner delante suyo un estilo de

vida totalmente desconocido para el joven, un estilo de vida atractiva para los caracteres débiles, un estilo de vida en donde solo confusión se puede encontrar. Y Jaime, había escogido, y había escogido el mal camino. Era libre de condenarse si así lo decidía. Todos somos libres para condenar nuestras almas y echarle la culpa a los demás de nuestras desgracias.

Los tres años posteriores a la primera fiesta fueron un total desenfreno para Jaime. Se olvidó por completo de sus estudios, de sus buenas intenciones de ser médico y de salvar a la gente, en lo único que pensaba era en drogarse y en andar cada día con una mujer diferente. Sus padres envejecieron mucho en este tiempo viendo cómo su hijo se iba consumiendo, porque si bien Jaime no lo reconocía, poco a poco se iba marchitando. Ya no era el chico alegre de años antes, había perdido gran parte de su encanto, todo el día huraño, con cara de pocos amigos, era incapaz de mantener una conversación normal con nadie. Sus ojos siempre perdidos, contemplando mundos de fantasía, habían perdido su brillo. De pequeño decían que tenía una mirada inteligente, ahora, decían simplemente que tenía una mirada de borracho, o incluso de loco.

Había semanas que no volvía a casa. Las pasaba en alguna habitación de algún piso compartido de algún compañero de juergas, bebiendo y drográndose. Así pasó los tres primeros años de carrera, y así habría muerto si no hubiese tenido un accidente.

Una mañana, sobre la una del mediodía, regresando en su coche todo drogado a casa, se saltó un semáforo en rojo a la altura de la salida de un colegio, llevándose por delante a una niña de unos ocho años. Como por arte de magia, el efecto de la droga se le pasó. Todo pálido, se bajó del coche corriendo en auxilio de la niña. Le hizo una cura de emergencia, cura que recordaba de haberla aprendido en el instituto, la subió al coche junto con la madre y llevó a ambas lo más deprisa que pudo a urgencias.

Mientras esperaban el resultado por parte de los médicos los remordimientos de Jaime aparecieron. Si bien sus conocimientos reales de medicina eran muy limitados, por no asistir a clase, consideraba que la niña estaba herida de muerte. Sangraba mucho y le había dado la impresión de haberle roto las costillas clavándoselas en los pulmones. Seguramente no saldría de esa.

La desesperación acudió en ayuda de los remordimientos y juntos acabaron por minar el estado de ánimo del estudiante. Si no hubiera ido a esa maldita fiesta, si no estuviera drogado, si no hubiera bebido nunca... Sin darse cuenta, salió del hospital. Mientras andaba sus pensamientos le iban corroyendo las entrañas. Se maldecía por no haber frenado ante el semáforo, se maldecía por no haber sido capaz de rechazar las drogas. Los recuerdos de su infancia volvieron. Recordaba lo bien que se sentía cuando



pensaba que podía ayudar a la gente. ¿Ayudar? Maldito él que en lugar de ayudar había matado a una niña. Se maldecía por su carácter, se maldecía por su comportamiento, quería cambiarlo todo, volver a empezar, no quería seguir así, no podría vivir el resto de su vida con el recuerdo de haber matado a una niña, de haberla matado por su estupidez, por su deseo loco de placer y nuevas experiencias. Tenía que acabar con todo aquello, tenía que acabarlo, se lo debía a la niña, no volvería a cometer ese error, tenía que purificarse y renacer puro.

Al llegar a casa, como un sonámbulo, dirigió sus pasos hasta el baño. Una vez allí, se quitó la ropa y lentamente se introdujo en la bañera. Dobló sus piernas, y agarrándolas con ambas manos oculto su cabeza entre ellas. Pidió perdón por todos los errores cometidos, y procedió a cortarse las venas con un bisturí que acababa de coger. En esa posición permaneció mientras su mente se sumergía en sus pensamientos. ¿Por qué se suicidaba? Porque se odiaba, se odiaba por su debilidad, por ser incapaz de vivir su vida sin necesidad de sumergirse en mundos de cobardes. Era un cobarde al haber escogido ese mundo antes que el real. Era un cobarde porque tenía miedo de ver la cara de la madre cuando le dijeran que su hija había muerto. Era un cobarde y como tal huía. Ahora ya no le bastaba con huir al fantástico mundo de los sentidos, ahí le encontrarían sus remordimientos, le encontraría el recuerdo de la niña tendida en el suelo. Necesitaba huir a otro mundo donde nadie le pudiera encontrar. Y sobre todo, necesitaba huir de su mayor enemigo: el mismo. Por fin acabaría su suplicio, cuando su corazón se parara conseguiría huir de si mismo.

De si mismo... esta idea poco a poco comenzó a atormentarlo. Pero, ¿acaso eso es posible? Acaso ¿uno puede huir de si mismo? Si renaciera, ¿no seguiría consigo mismo? ¿cómo es posible huir de uno mismo? ¿cómo olvidar la cara de la niña? Mientras él existiera le perseguiría. No podía huir de si mismo jamás, siempre estaría junto a él. Y entonces comprendió, y entonces lamentó.

- No es posible huir de uno mismo. Si lo hubiera sabido antes, cuántas cosas serían diferentes. Pero ahora, ya es demasiado tarde.- pensaba Jaime metido en la bañera, mientras su mente poco a poco se iba sumergiendo en un profundo sueño, en un sueño eterno.

Autor: AMLP